

parlamentarios, ó las polémicas de los periódicos, y mucho menos por las revoluciones y las mantanzas; se destruyen únicamente por la explicación que cada uno se hace del sentido y del objeto de su vida y la ejecución firme, valerosa, sin compromisos, en todos los casos de la vida, de las exigencias de la ley superior, interior de la vida. Sería muy de desear que los jóvenes á quienes nada liga al pasado, que quieren con sinceridad servir al bien de los hombres, comprendan que la actividad revolucionaria que les atrae, no solamente no alcanza un fin persuasivo, sino que es completamente contrario, agota sus mejores fuerzas de la vida en la que pueden servir á Dios y á los hombres; que esta actividad, con más frecuencia, produce actividad contraria, que el objeto que no se alcanza por la clara conciencia de cada individuo sobre su destino y de la dignidad humana, y, en consecuencia, por la vida firme, religiosa y moral que no admite ningún compromiso, ni de palabras ni de actos, con el mal de la violencia que se censura y se desea destruir.

Si la centésima parte de la energía gastada ahora por los revolucionarios para alcanzar fines exteriores inalcanzables hubiese sido empleada en el trabajo interior espiritual, desde hace tiempo, como la nieve al sol del estío, hubiese derretido ese mal contra el cual los revolucionarios han luchado tanto y aun luchan en vano.

Yasnaia Poliana 22 Julio (4 Agosto 1904).



Los acontecimientos actuales en Rusia

Los acontecimientos

Hace dos meses, recibí de un periódico de la América del Norte, un cablegrama con una contestación pagada de cien palabras: se me preguntaba mi opinión sobre *la importancia, el objeto y las consecuencias probables de la agitación de los Zemstvos*. Teniendo sobre este punto una opinión muy clara y en desacuerdo con la mayoría, creo necesaria darla.

He aquí lo que contesté:

«La agitación de los Zemstvos tiene por objeto la limitación del despotismo y la institución de un gobierno representativo. ¿Los instigadores de esta agitación esperan alcanzar con ella su objeto ó la continúan para perturbar á la sociedad? En ambos casos el resultado probable será el aplazamiento de la verdadera mejoración social, pues la verdadera mejoración social no se obtiene más que por el perfeccionamiento religioso y moral del individuo. Mientras que la revolución política, colocando ante los individuos la ilusión perniciosa de la mejoración social por el cambio de las formas exteriores, detiene, generalmente, el verdadero progreso, cosa que

puede verse en todos los Estados constitucionales: Francia, Inglaterra, América.»

El contenido de este telegrama apareció en el *Moskovkia Viédemosti* con algunas inexactitudes, y en seguida empecé á recibir y recibo aún cartas llenas de reproches por la idea que he emitido; además los periódicos americanos, ingleses y franceses me preguntan qué es lo que pienso sobre los acontecimientos que en la actualidad se desarrollan en Rusia. No quisiera responder ni á los unos ni á los otros; pero después de las matanzas de San Petersburgo, y los sentimientos de indignación, de miedo, de cólera y de odio que han provocado en la sociedad, creo es deber mío explicarme con más detalles y claridad, de que brevemente lo hice en las cien palabras al periódico americano.

Lo que he de decir tal vez ayudará á algunos hombres á verse libres de los sensibles sentimientos de censura, vergüenza, irritación, y odio; del deseo de lucha, venganza y de conciencia de su impotencia que ahora sienten la mayoría de los rusos; tal vez esto les ayudará á reconcentrar su energía sobre esa actividad interior, moral, que sólo procura el verdadero bien á los individuos lo mismo que á la sociedad, y que sin embargo, es tanto más necesario cuanto que los acontecimientos que se desarrollan son más complicados y más sensibles.

He aquí lo que pienso de los acontecimientos actuales:

Considero no sólo al gobierno ruso, sino á cada gobierno, como una institución complicada, consagrado por la tradición y la costumbre para cometer impunemente la violencia, los crímenes más espantosos, las matanzas, el pillaje, extensión del alcoholismo, el embrutecimiento, la depravación, la explotación del público por los ricos y los fuertes. Por esta razón pienso que todos los esfuerzos de los que desean mejorar la vida social, deben tender á librar á los hombres de los gobiernos, cuya inutilidad es en nuestra época cada vez más evidente. Este objeto, según mi entender, se consigue por un solo medio, el único; por el perfeccionamiento interior, religioso y moral de los individuos.

Cuanto más superiores sean los hombres bajo el punto de vista religioso y moral, serán cada vez mejores las formas sociales bajo las cuales se irán agrupando, y el gobierno tendrá que recurrir menos á los procedimientos de mal y violencia. Y por el contrario los hombres de determinada sociedad irán resultando más inferiores, bajo el punto de vista religioso y moral, y el gobierno siendo más poderoso, será mayor el mal que cometa.

De manera que el mal causado á los hombres por el gobierno es siempre proporcional al estado moral y religioso de la sociedad, cualquiera que sea su forma.

Sin embargo, ciertas gentes, ante todo el mal cometido en la actualidad por el gobierno ruso

—gobierno especialmente cruel, grosero, estúpido y embustero—piensan que todo ese mal no se produciría si el gobierno ruso estuviese organizado como debía estarlo, sobre el modelo de otros gobiernos existentes (que son las mismas instituciones, buenas para cometer impunemente sobre sus pueblos toda clase de crímenes); y para buscar remedio esas personas emplean todos los medios que están en su mano pensando que el cambio de formas exteriores puede modificar el fondo.

Una actividad semejante me parece *ineficaz, fuera de razón, irregular* (es decir, que los hombres se atribuyen derechos que no tienen) é *inútil*.

Encuentro esta actividad ineficaz, porque la lucha por la fuerza, y, en general, por las manifestaciones exteriores (y no por la sola fuerza moral) de un grupo pequeño de personas contra un gobierno poderoso que defiende su vida y que para ello dispone de millones de hombres armados y disciplinados, y de millones de rublos, porque semejante lucha, bajo el punto de éxito posible, no es más que ridícula, y es sensible bajo el punto de vista, de la suerte de esos desgraciados que dejándose arrastrar pierden su vida en esta lucha desigual.

Esta actividad me parece irrazonable, puesto que hasta en la hipótesis más probable—el triunfo de los que luchan actualmente contra el gobierno—la situación de los hombres no podría mejorarse.

El actual gobierno, que procede por la fuerza, es tal, solamente porque la sociedad que domina está compuesta de hombres moralmente muy débiles, en la que unos, guiados por la ambición; el lucro y el orgullo, sin ser molestados por la conciencia, tratan por todos los medios de acaparar y retener el poder, los otros por miedo y también por amor á la ganancia y á la ambición, ó gracias al embrutecimiento, ayudan á los primeros ó se someten también, de cualquier modo y bajo cualquier forma que se agrupen esos hombres, resultará siempre un gobierno semejante y asimismo violento.

Encuentro esta actividad irregular, porque los hombres, que en la actualidad, luchan en Rusia contra el gobierno—los miembros liberales de los Zemstvos, los médicos, los abogados, los escritores, los estudiantes, los revolucionarios y algunos millones de obreros separados del pueblo influidos por la propaganda—por más que crean y se titulen representantes del pueblo, no teniendo ningún título para ello.

Esos hombres, en nombre del pueblo, reclaman del gobierno la libertad, libertad de la prensa, libertad de conciencia, libertad de reunión, la separación de las Iglesias y del Estado, la jornada de trabajo de ocho horas, la representación nacional, etc. Y preguntada al pueblo, á los cien millones de campesinos que piensan de esas reclamaciones, y el verdadero pueblo, los campesinos, le costará bastante trabajo responder,

porque todas esas reclamaciones, hasta la jornada de trabajo de ocho horas, para la gran masa de los campesinos no tiene ningún interés.

Los campesinos no necesitan nada de todo esto, les hace falta otra cosa: lo que esperan y desean desde hace mucho tiempo, en lo que piensan y hablan de continuo—y de lo cual no hay ni una palabra en todas las proclamas liberales y discursos, y que apenas se ha mencionado en los programas revolucionarios y socialistas—lo que el pueblo espera y desea, es la franquicia de la tierra del derecho de propiedad, la socialización de la tierra. Cuando el campesino gozará de la tierra, sus hijos no irán a las fábricas, y los que quieran ir se establecerán por sí mismos, por ellos, el número de horas de trabajo y de salario.

Se dice, dad libertad y el pueblo expondrá sus reclamaciones. Esto es falso. En Inglaterra, en Francia, en América, la libertad de la prensa es absoluta, sin embargo, en los parlamentos no se habla de la socialización de la tierra, no se habla apenas en los periódicos, y la cuestión del derecho del pueblo sobre la tierra, quedará relegado al último término.

Por esta causa los liberales y los revolucionarios, que dicen interesarse y conocer las dolencias del pueblo, no tienen ningún derecho para ello; no representan al pueblo, no se representan más que á sí mismos.

También, según mi opinión, esta actividad es

ineficaz, irrazonable é irregular. Además, es perjudicial, puesto que aparta á los hombres de la actividad única,—el perfeccionamiento moral del individuo—por el cual, y exclusivamente por él, pueden lograrse los fines de los hombres que luchan contra el gobierno.

* * *

«Lo uno no impide lo otro» se me objetará. Pero esto no es verdad. Nadie puede hacer dos cosas á la vez. Nadie se puede perfeccionar moralmente, y al mismo tiempo tomar parte en actos políticos que arrastran á los hombres á las intrigas, las astucias, las luchas, la cólera, llegando hasta el asesinato. La libertad política no solamente no ayuda á librarnos de las violencias gubernamentales, sino, por el contrario, hace á la vez á los hombres más ineptos para la única libertad que puede redimirles.

Mientras que los hombres sean incapaces de resistir á las seducciones del miedo, del lucro, de la ambición, de la vanidad, que humillan á unos y depravan á otros, formarán siempre una sociedad compuesta de violadores, de impostores y de sus víctimas. Para que esto no suceda, cada individuo debe hacer un esfuerzo moral sobre sí mismo. Los hombres sienten esto en el fondo de su alma, pero quieren esperar de un modo cualquiera, sin hacer esfuerzos, lo que no se ha conseguido por el esfuerzo.

Explicarse, por sus propios esfuerzos, su misión para con la sociedad, establecer su relación para con los hombres, basándose sobre esa ley eterna «no hagas á los demás lo que no quieras que los demás te hagan á tí» reprimir sus malas pasiones, que nos entregan al poder de los demás hombres, no ser ni amo ni esclavo de nadie, no fingir, no mentir, ni por temor ni por lucro, no eludir las exigencias de la ley suprema de la conciencia, todo esto exige esfuerzo.

Imaginarse, por el contrario, que la institución de determinada forma de gobierno, conducirá por una vía mística cualquiera, á todos los hombres, á la equidad y á la virtud, y para llegar á esto, sin ningún esfuerzo del pensamiento, repetir lo que dicen los hombres de un partido, moverse, discutir, mentir, fingir, insultar y batiarse, todo esto se hace por sí mismo, sin que haya necesidad de esfuerzos. Los hombres que quieren que así sea, se persuaden de lo que esto es.

Y entonces, aparece una teoría, con arreglo á la cual se trata de probar que los hombres pueden, sin esfuerzos, obtener los resultados del esfuerzo. Esta teoría es semejante á aquella, con arreglo á la cual, la plegaria por su propia perfección, la fe en la redención de los pecados por la sangre de Cristo ó la gracia divina transmitida por los sacramentos pueden reemplazar al esfuerzo personal. Sobre la misma aberración psicológica está basada también esta teoría ex-

traordinaria de la mejoración de la vida social por el cambio de las formas exteriores que ha producido y que producirá tantos males horribles, y que más que todo, impedirá el verdadero progreso de la humanidad.

Los hombres reconocen que tienen en su vida, algo de malo, y que hay también algo que es preciso mejorar. Pero al hombre no le es factible más que mejorar una cosa, á sí mismo. Pero para mejorarse á sí mismo, es preciso ante todo, reconocer lo que no es bueno, y esto, el hombre no lo quiere hacer. Y he aquí, por qué se fija toda la atención, no sobre lo que esté siempre en nuestra facultad hacerlo, y sí sobre las condiciones exteriores que no son de nuestra incumbencia y cuyo cambio no puede mejorar la situación de los hombres, como tampoco trasegándole se mejoran las cualidades del vino. Y he aquí que empieza una actividad: 1.º esteril, 2.º enojosa, orgullosa (pues corregimos á los demás) perversa (se puede matar á los que sean un obstáculo al bien común) y depravada.

«Reconstituamos las formas sociales y la sociedad prosperará.» ¡Eso sería hermoso si el bien de la humanidad se lograra tan fácilmente! Por desgracia, ó mejor dicho, por fortuna (pues si esto sería la mayor desgracia de los hombres) y esto no es así. La vida humana se modifica no por el cambio de las formas exteriores y sí, solamente por el trabajo interior de cada individuo

sobre sí mismo. Y cada esfuerzo para obrar sobre las formas exteriores ó sobre las demás, no hace más que alterar, disminuir la vida de este ó de aquellos que — como todos los hombres políticos, reyes, ministros, miembros del parlamentos, revolucionarios de todas clases, liberales — ceden á este error pernicioso.

*
*
*

Los hombres que juzgan de una manera superficial, los hombres ligeros que con preferencia se emocionan con la carnicería fratricida cometida frecuentemente en San Petersburgo y con todos los acontecimientos que acompañaron á ese crimen, piensan que la causa principal de dichos acontecimientos radica en el despotismo del gobierno ruso, y que si la forma autocrática del gobierno ruso fuese reemplazada por la constitucional ó republicana, semejantes acontecimientos no podrían repetirse.

Pero el mal principal (si uno se penetra con atención de toda su importancia) el cual sufre ahora el pueblo ruso, no está en los acontecimientos de San Petersburgo; está en la guerra afrentosa y cruel, comenzada á la ligera por una docena de hombres inmorales. Esta guerra ha matado ya á multitud de centenares de miles de rusos, y amenaza aún matar ó mutilar á otros tantos; no solamente ha arruinado á los hombres de esta

generación, sino, también á los de la generación futura, que abrumada por impuestos enormes, bajo la forma de deuda perderá las almas de los hombres que con ella se han depravado. Lo que ha pasado en San Petersburgo el 9 de Enero no es nada comparándolo con lo que ocurre en el lugar de la guerra donde se mutilan cien veces más hombres que han perecido el 9 de Enero en San Petersburgo. Y la pérdida de esos hombres en la guerra no subleva á la sociedad, como las matanzas de San Petersburgo, sino que la mayoría miran con indiferencia, otros con compasión el hecho de que se envíen allí millares de hombres para la misma insensata matanza, que no tiene objeto.

¡Este mal es horrible! Así, pues, si se habla de los males del pueblo ruso hay que hablar de la guerra; los acontecimientos de San Petersburgo no son más que una circunstancia accesoria que acompaña al profundo mal que existe, y si es necesario encontrar el medio que libre de estos males, ha de ser de tal índole, que libre al mismo tiempo de los dos.

El cambio de la forma despótica de gobierno en forma constitucional ó republicana, no libraría á Rusia ni de uno ni otro mal. Todos los Estados constitucionales, lo mismo que el Estado Ruso se arman estúpidamente, y, como Rusia cuando se les pone en la cabeza, los pocos hombres que tienen el poder envían á su pueblo á la lucha fratricida; guerra de Abisinia, del Trans-

vaal, de España, con Cuba y Filipinas, de China, del Thibet, guerra contra los pueblos de Africa, todas estas guerras hechas por los gobiernos más constitucionales y más republicanos; y lo mismo, todos esos gobiernos cuando lo creen necesario reprimen con la fuerza armada, las revueltas y las manifestaciones de la voluntad del pueblo cuando lo consideran como una violación de la legalidad, es decir, de lo que el gobierno, en un momento dado consideran que es la ley.

Cuando en un Estado, habiendo una constitución cualquiera, el poder se mantiene por la violencia, y puede ser acaparado por algunos hombres, por medios diferentes, y cualquiera que sea la forma, siempre habría probabilidad de que ocurran los mismos acontecimientos que ahora ocurren en Rusia—la guerra y la represión de las revueltas.

De manera que la importancia de los hechos que han acaecido en San Petersburgo, no están en nada de lo que piensan los hombres ligeros, á saber, que nos han mostrado el mal proceder del gobierno despótico de Rusia, y que por consecuencia hay que tratar de sustituirle por un gobierno constitucional. La importancia de esos acontecimientos es mucho mayor; es que en sus actos el gobierno ruso es especialmente grosero; vemos con más claridad que en los actos de otros gobiernos el mal proceder y la inutilidad no de tal ó cual gobierno, sino, de *todos* los gobiernos es decir, de un grupo de hombres que tienen la

posibilidad de someter á su voluntad á la mayoría del pueblo.

El conocimiento, la situación, y las impresiones de los rusos, de los europeos, y sobre todo de los americanos, son completamente análogas á la de dos hombres que llegaron al templo, y de uno de los cuales nos habla el evangelio de Lucas capítulo XVIII, v. 10, 11, 13, (fariseos y publicanos).

En Inglaterra, en Alemania, en Francia en América, los malos procederes de los gobiernos están tan bien enmascarados, que los ciudadanos de estos países, en vista de los acontecimientos de Rusia, imaginan sencillamente que lo que pasa en Rusia no ocurre más que en ella, y que ellos gozan de una libertad absoluta y que no tienen necesidad de mejorar su situación, es decir que se encuentran en el estado más excesivo de esclavitud: en la esclavitud de los que no comprenden que son esclavos y están orgullosos de su situación.

Bajo este aspecto nuestra situación, la de los rusos, por una parte es más sensible (en atención de que las violencias cometidas son más groseras) y de otra parte mejor, porque á nosotros nos es fácil comprender de que se trata; y he aquí por qué cada gobierno, sostenido por la fuerza es un látigo grande é inútil; por esta razón, el deber de los rusos y de todos los hombres esclavizados por los gobiernos, está no en reemplazar una forma de gobierno por otra, sino en suprimir todo gobierno.

En resumen mi opinión sobre los acontecimientos actuales es la siguiente: el gobierno ruso como todos los gobiernos que existen—americano, francés, japonés, inglés—es un horrible, inhumano, impotente bandido cuya actividad malhechora se manifiesta sin cesar. Por este motivo todos los hombres razonables deben con todas sus fuerzas, tratar de librarse de cualquiera forma de gobierno, como los rusos deben tratar del gobierno ruso.

Para librarse de los gobiernos no es necesario luchar contra ellos por las formas exteriores (insignificantes hasta el ridículo en atención á los medios de que disponen los gobiernos) es preciso únicamente no participar en nada, no sostenerles y entonces caerán anonadados. Y para no participar en nada de los gobiernos y no sostenerles es preciso estar libre de las debilidades que arrastran á los hombres á los lazos de los gobiernos y les hacen sus esclavos ó sus cómplices.

Estar libre de estas debilidades no es posible, más que para el hombre que se ha formado un juicio sobre el Todo, es decir, sobre Dios, y que según la ley única, superior, que la desliga de estas debilidades, para el hombre religioso y moral.

He aquí por qué los hombres ven y comprenden con claridad el mal proceder de los gobiernos—como actualmente, los rusos comprendemos, con claridad el mal de nuestro estúpido gobierno, cruel y embustero, que ha perdido ya centena-

res de miles de hombres, que arruina y deprava millones de personas, y que ahora provoca á los rusos al fratricidio—más claramente deben tratar de formar en ellos una conciencia limpia, firme, religiosa; con más escrupulosidad deben tratar de cumplir la ley divina que emana de esta conciencia y que exige de nosotros no la transformación del gobierno existente ó el establecimiento de esa organización social que, según nuestras limitadas opiniones, garantizarían el bien general, pero que exige de nosotros una sola cosa; el perfeccionamiento moral, es decir, el despojarnos de todas las debilidades, de todos vicios que hacen de nosotros esclavos de los gobiernos y los cómplices de sus crímenes.

*
* *

Había terminado este artículo y me preguntaba si debía publicarlo ó no, cuando recibí una carta muy importante sin firma.

Hela aquí:

«Desde hace bastantes días que no puedo recobrar la calma. Cuando alguien comienza ha hablar-me de los obreros muertos, siento odio por ellos y sufro una especie de mal físico.

Ha habido cadáveres á montones, mujeres y niños ensangrentados conducidos en carruajes... ¿Pero es esto lo que es horrible? ¡No, son los soldados con sus semblantes bonachones, vulgares,

sin pensamiento, sin comprensión, los que en realidad son horribles. Los soldados que golpean la nieve con la suela de sus botas, esperando la hora de fusilar á alguien. Es también el público con su aspecto ordinario, curioso, quién es horrible. Hasta las personas más buenas van por las calles para ver por sí mismas ó saber por los demás cosas espantosas, cadáveres ensangrentados, mutilados etc... Como si se pudiese ver algo más espantoso que esos soldados que son *como siempre* y esas buenas personas que sólo quieren una cosa: estremecimientos de horror.

No puedo definir lo que es más terrible. Es, así me lo parece, el hecho de *que ellos no comprendan* y que sus semblantes sean *vulgares*, por más que una hora después vayan á matar, y que la sangre enrojezca el suelo; lo más espantoso á mi modo de ver es el que entre los hombres no exista *ningún lazo*. ¡Sí, yo creo que esto es lo más terrible! Son de una misma aldea, solamente que los unos llevan capote gris y los otros gabán negro, y uno no puede comprender de ningún modo porque los grises bromean hablando del frío y miran pacíficamente á los hombres vestidos de negro que pasan delante de ellos, mientras que cada cual sabe que tiene cartuchos para diez disparos y que una ó dos horas más tarde esos cartuchos se habrán gastado. Y los hombres vestidos de negro les miran como si eso debiera suceder.

Se lee en los libros, se habla sobre lo que des-

une á los hombres y nadie comprende cuán horrible es esto, y cuando esto se vea en todas partes, como estos días aquí, momentáneamente todo lo demás deja de existir y no quedan más que los capotes grises, los gabanes negros las pelli-
zas elegantes, y todos se ocuparán de una *sola cosa*, pero cada cual de *manera diferente*; nadie se admira, nadie entre ellos sabe por qué los unos tiran, por qué caen otros, por qué los demás miran.

¡De vez en cuando, no falta quien recorra la misma vía terrible en donde estaba en el orden de las cosas tirar con arreglo á la voz de mando sin hostilidad ni odio! ¡Pero estos días todo lo demás se ha suspendido momentáneamente. No queda más que esta sola y espantosa cosa!... Me parece que un abismo te separa de cada hombre y que tú no puedes franquearle por dispuesto que estés á ello. ¡Este sentimiento es espantoso!

Cinco veces he cogido y he dejado esta carta al fin me he decidido á escribirla. Tal vez porque es sensible el callarse siempre. Todos hablan de la necesidad de ayudar á los obreros y parecen compadecerse de su suerte. Pero no es la situación de los obreros lo que es horrible, no son ellos los que necesitan ayuda, y sí los que arrastran á las gentes y las compadecen, y los que al día siguiente miran los cristales rotos, los reverberos caídos, las huellas de las balas, y sin ver la sangre helada sobre la acera, caminan pisoteándola.»

Sí, lo principal es que haya algo que desuna á los hombres, que no haya ningún lazo entre ellos. Lo importante está pues en separar lo que desune á los hombres y en reemplazarlo por lo que les una. Es *toda* forma exterior violenta de gobierno la que desune á los hombres; la única cosa que les une, es la aproximación hacia Dios la aspiración hacia Él, porque Dios está sólo para todos y la aproximación de los hombres hacia Dios es una.

Que los hombres le quieran reconocer ó no, ante todos nosotros se levanta el mismo ideal de perfección, superior, y sólo la aspiración hacia este ideal destruye la desunión y aproximación á los hombres.

Yasnaia Poliana, Febrero 1905.



Carta á Nicolás II

Querido hermano:

Este calificativo me parece el más conveniente porque, en esta carta, me dirijo menos al emperador y al hombre, que al hermano. Y, además, os escribo casi desde el otro mundo, encontrándome en espera de una muerte muy próxima.

No quisiera morir, sin deciros lo que pienso de vuestra actividad presente, lo que podría ser, y el gran bien que podría reportar á millones de hombres y á vos mismo, y el gran mal que puede hacer si persiste en continuar por el camino que ahora sigue.

Una tercera parte de Rusia está sometida á una continua vigilancia policiaca; el ejército de policías conocidos y secretos aumenta sin cesar; las prisiones, los lugares de deportación y los calabozos están repletos; aparte de doscientos mil criminales de derecho común, hay un número considerable de condenados políticos entre los cuales existen ahora multitud de obreros. La censura con sus medidas represivas ha llegado hasta un grado tal que no alcanzó en los peores